



LA OPCION DE PUEBLA

PEDRO TRIGO

EL PASO ACTUAL DEL SEÑOR POR AMERICA LATINA (167)

El tema de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano ha sido La evangelización en el presente y en el futuro de A.L. El fruto de sus trabajos ha sido ante todo el encuentro de tantos líderes de nuestra Iglesia, el intercambio de sus experiencias, la comunicación de sus carismas, la humilde constatación de su exacta estatura pero también del Espíritu que los anima. El fruto se verá en el postpuebla. Pero también lo expresan ya de algún modo los documentos. Multiformes, a veces contradictorios, ellos son un fiel espejo de las "diferencias de mentalidad y de opiniones" pero también del deseo de mantenerlas en una unidad que no las anule sino que las complemente.

Resulta por eso difícil exponer brevemente cuál es el mensaje de los obispos. Inevitablemente se elige. Pero sin embargo es imprescindible. La pregunta del reportero: "Díganos brevemente qué es lo que la Asamblea quiso decir a los cristianos de A.L." es también la pregunta de los cristianos latinoamericanos. Si la única respuesta fuera el grueso volumen con el resultado de las 22 comisiones y el Mensaje inicial, eso significaría que no se quiso decir nada ni al grueso de los cristianos ni a la opinión pública latinoamericana que nunca leerán el libro. Quisiera decir que hablaron para ellos mismos y para algunas élites ilustradas. Fue necesario el libro. Pero también lo es intentar una y otra vez exponer brevemente el mensaje. Trataremos de hacerlo en estas páginas.

El tema de la asamblea nos va a su-

gerir la pregunta. No se trata de saber qué es evangelizar sino de la evangelización hoy (y mañana) en A.L. No se trata, pues, de una pregunta abstracta sino situada. Es decir, los obispos se preguntan ¿cuál es el mensaje que, como buena noticia, tiene hoy Dios sobre A.L.?

La asamblea respondió que el mensaje es la opción preferencial por los pobres. La Iglesia latinoamericana reafirma su "preocupación preferencial en promover y defender los derechos de los pobres, los marginados, los oprimidos" (977). No sólo se dedica un capítulo especial al tema sino que el inciso "sobre todo los más pobres" es una insistencia sistemática a lo largo de todo el documento.

Esta opción no sólo tiene por sujeto a Dios, cosa que muy íntimamente siempre lo ha sabido nuestro pueblo; ni al Espíritu de Jesús, contenido liberador de la más reciente evangelización y catequesis. Tiene también por sujeto a la Iglesia. Ella, cuando se pregunta cuál ha de ser su acción evangelizadora, mira a Jesús para recibir de él la misión. Y en esta ocasión ha puesto los ojos en Jesús cuando en la sinagoga de Nazaret proclama que él ha sido enviado a dar a los pobres la buena noticia de que son los predilectos de Dios, que Dios está de su parte como Espíritu de liberación. Por eso la Iglesia latinoamericana, buscando responder y seguir a su Señor proclama a los pueblos latinoamericanos su decidido propósito de situarse entre ellos con ese mismo Espíritu de Jesús.

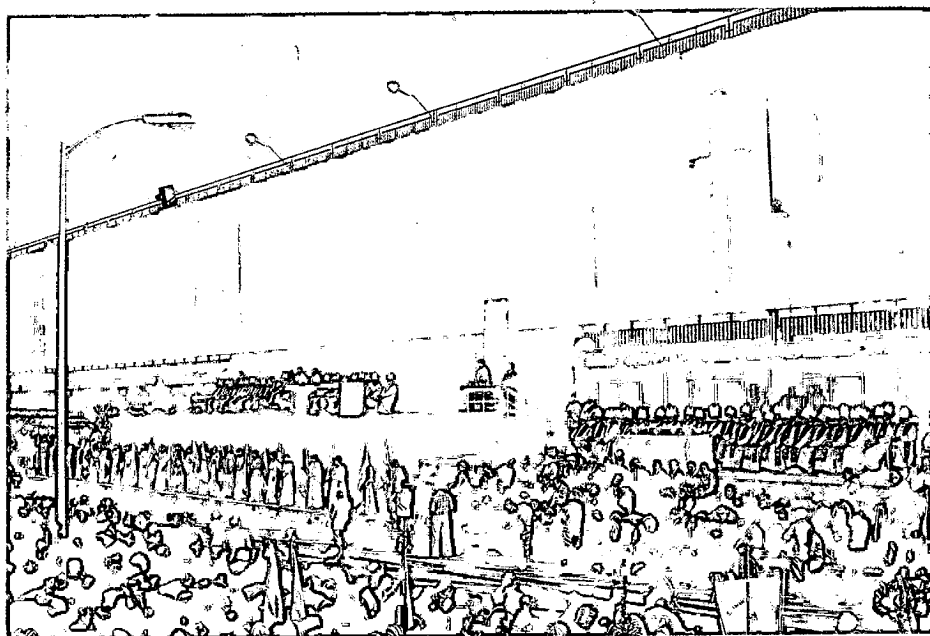
Hay que recalcar que esta opción se toma sabiendo bien lo que implica y las consecuencias que encierra. Fue la opción

de Medellín. Y seguirla está costando a la Iglesia la desconfianza, la marginación, incluso el hostigamiento y la persecución de los poderes injustos establecidos. Seguir esta opción ha implicado también poner en crisis a la propia Iglesia y obligarla a desplazarse, a cambiar de lugar y figura, a convertirse.

Por todo ello la Tercera Asamblea General del Episcopado Latinoamericano se reunió en Puebla con inusitada expectativa y no pocos temores. Eran de sobra conocidas las enormes presiones que desde hace unos años los gobiernos y el imperialismo internacional del dinero vienen ejerciendo sobre sectores de la Iglesia latinoamericana, como también su efervescencia y sus tensiones internas. Por eso esta Asamblea aparecía como una encrucijada. ¿Habría una marcha atrás? ¿Un apaciguamiento? ¿o una reafirmación, ya consciente y madurada, del camino asumido diez años atrás?

No sólo la situación sociopolítica del continente, también la larga y dramática preparación de la Asamblea hacía difícil predecir su resultado. Por eso nos alegramos de él. Claro que hubiéramos querido algo más definido, una palabra más clara y profética. Pero tal vez el actual consenso sea preferible, por humilde y realista. Y, como veremos, contiene textos suficientemente suscitadores. Incluso implica en no pocos aspectos un avance sobre Medellín.

Como respuesta más sucinta vamos a sintetizar ante todo el documento sobre la opción preferencial por los pobres. Después lo completaremos con referencias a los demás textos.



OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES (897-930)

“La III Conferencia Episcopal Latinoamericana vuelve a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la Conferencia de Medellín que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres”. (897).

Los obispos necesitan reafirmar esta opción de Medellín por una razón muy sencilla: la situación de pobreza y aun de miseria —dicen— se ha agravado.

Esta opción es realista: se hace desde la experiencia que la Iglesia ha acumulado en estos diez últimos años. Tanto de los logros como de las deficiencias. De éstas en primer lugar porque “no todos en la Iglesia de A.L. nos hemos identificado suficientemente con los pobres” (904). Pero también de los logros, porque durante estos años sectores de la Iglesia “fueron haciendo más hondo y realista su compromiso con los pobres” (900).

Este compromiso llevó a “la denuncia de las profundas injusticias derivadas de mecanismos opresores” (900). Y la denuncia y los compromisos concretos trajeron las persecuciones. “Los mismos pobres han sido las primeras víctimas” (901).

“Por otra parte los pobres, también alentados por la Iglesia, han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su Fe y para un reclamo de sus derechos” (902).

“Todo ello ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia” (903).

Aunque también riqueza ya que “el compromiso de la Iglesia con los pobres y los oprimidos y el incremento de las Comunidades de Base le han ayudado a descubrir el potencial evangelizador de los pobres: en cuanto la interpelan constante-

mente llamándola a la conversión y en cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios” (911).

Al dar razón los obispos de esta preferencia del Padre común para con los pobres, señalan que, criados por Dios para ser sus hijos, esa imagen ha sido escarnecida. “Por eso Dios toma su defensa y los ama (Mt. 5,45; St. 2,5)” (906).

Así lo comprendió María “que en su canto del Magnificat (Lc. 4,46-55) proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres” (908).

Por eso “acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo hacemos lo que Cristo hizo por nosotros al encarnarse, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros” (909).

De ahí que “el compromiso evangélico de la Iglesia, como lo ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados (Cfr. Lc. 4,18-21)” (905).

Pero para que sea eficaz “es de suma importancia que este servicio al hermano vaya en la línea que nos marca el Concilio Vaticano II (AA.8): ‘Cumplir antes que nada las exigencias de la justicia para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas y no sólo los efectos de los males y organizar los auxilios de tal forma que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos” (910).

Para eso el medio indispensable es la “conversión de la Iglesia. Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, toda la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de todos sus miembros” (922).

EL HECHO MAYOR

Hemos afirmado que este documento resuena en todos los demás. Vamos a tratar de mostrarlo:

En primer lugar habría que insistir en que el Hecho Mayor que pone en movimiento al corazón cristiano es la pobreza. Así se afirma desde el comienzo. Es lo primero que se ve a la luz de la fe (17): “Constatamos, pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada por ejemplo en salarios de hambre, el desempleo y subempleo, desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, inestabilidad laboral” (18).

En segundo lugar el hecho de la pobreza aparece como causado por el hombre, como producto histórico: “al analizar más a fondo esta situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa transitoria: sino que es el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, que originan ese estado de pobreza, aunque haya también otras causas de la miseria” (19).

Si la miseria es causada por los hombres quiere decir que es pecado: “Las angustias y frustraciones han sido causadas, si las miramos a la luz de la Fe, por el pecado, que tiene dimensiones personales y dimensiones sociales gigantescas” (40).

Este pecado es más grave por darse en un continente cristiano: “El hombre latinoamericano sobrevive en una situación social que contradice su condición de habitante de un continente mayoritariamente cristiano: son evidentes las contradicciones existentes entre el orden social injusto y las exigencias del evangelio” (1018).

De ahí “la necesidad de la conversión permanente y la simultánea transformación de las estructuras económicas, sociales, políticas, culturales y jurídicas, dado el poder desintegrador del pecado personal y social” (985).

Esta urgencia ha aumentado: “Los pastores de América Latina tenemos razones gravísimas para urgir la evangelización liberadora, no sólo porque es necesario recordar el pecado individual y social, sino también porque de Medellín para acá, la situación se ha agravado para la mayoría de nuestras poblaciones” (358).

Por eso, tratando de asumir el corazón de Cristo que se condolía de las muchedumbres y haciéndose eco de Yavé, el que escucha los clamores de los oprimidos, los obispos recogen, amplificándolo, el texto de Medellín (Pobreza, 2): “Desde el seno de los diversos países que componen América Latina, está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de

un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos" (49).

LOS DIEZ ÚLTIMOS AÑOS

La respuesta que Puebla da a este clamor no es ante todo una declaración de principios o la simple formulación de unas metas. Puebla responde dando cuenta humilde y gozosa de lo que entre contradicciones internas y externas se ha hecho en estos años. Responde, pues, con frutos; discutibles, pero objetivos: "la conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado a publicar en estos últimos diez años, una cantidad impresionante de cartas pastorales y declaraciones sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad con los que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados" (51). Tanto que esta presencia y opción se caracterizan como "la tendencia más notable de la vida religiosa latinoamericana" (575). Y entre los signos de esperanza y alegría con que se acaba el documento se incluye "la acción pastoral comunitaria intensa de los religiosos y de las religiosas en las zonas más pobres" (1069).

Concretamente se destaca "un aumento del don de profecía. Asumir tal función ha sido labor dura para los Pastores. Hemos intentado ser voz de los que no tienen voz y testimoniar la misma predilección del Señor por los pobres y los que sufren" (167). Como consecuencia de este servicio al evangelio los agentes pastorales han tenido que afrontar "la soledad, el aislamiento, la incomprensión y a veces la persecución y la muerte" (512).

"Sin duda, falta mucho por hacer para que la Iglesia se muestre más unida y solidaria". Por eso el mensaje a los pueblos de América Latina comienza con una súplica de perdón: "reconocemos que aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos. Por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros, pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad".

Sin embargo es cierto que el camino recorrido tiene ya una existencia social indiscutible, es un desplazamiento social, un cambio de solidaridades, una conversión. No es ya la propia Iglesia; son los poderosos y el pueblo quienes como mala y buena noticia han anotado esta transformación: "la imagen de la Iglesia como aliada a los poderes de este mundo ha cambiado en la mayoría de nuestros países. Su firme defensa de los derechos humanos y su compromiso por una promoción social real la han acercado al pueblo aunque por otra parte ella es incompre-



Conferencia de Prensa

LA EVANGELIZACION EN EL PRESENTE Y EN EL FUTURO DE AMERICA LATINA

dida y se le han alejado otros grupos sociales" (46; Cf. 42).

Y el que esta incomprensión y alejamiento se enjuicie como signo de que se va por buen camino es un índice alentador de la independencia psicológica y del buen sentido evangélico alcanzados por la Asamblea: "La voz colectiva de los Episcopados ha ido despertando un interés creciente en la opinión pública, encontrando, sin embargo frecuentes reservas en ciertos sectores dominantes, de poca sensibilidad social, lo cual es un signo de que la Iglesia está ocupando su puesto de Madre y Maestra de todos" (93).

LA CAUSA DE LOS POBRES, LA CAUSA DE CRISTO

La riqueza de la Iglesia es Jesús. El es el que ilumina y da sentido a esta opción de Puebla por los oprimidos. "Así, el hombre de este Continente, objeto de nuestras preocupaciones pastorales, tiene para la Iglesia, un significado esencial, porque Jesucristo asumió la humanidad y su condición real". Por eso "todo aquello que afecta la dignidad del hombre hiere, de algún modo, al mismo Dios".

Pero es que además Jesús, como la mayoría del pueblo latinoamericano, "nacido y vivió pobre en medio de su pueblo Israel, compadeciéndose de las multitudes y haciendo el bien a todos (Cfr. Mc. 6,34; 4, 37; Hch. 10,38)" (105). El fue enviado precisamente para anunciar a estos oprimidos la liberación y, trastocando todas las categorías, proclamó a los pobres constructores y ciudadanos de su Reino: "Jesús, ungido por el Espíritu Santo para anunciar el Evangelio a los pobres, para proclamar la libertad a los cautivos, la re-

cuperación de la vista a los ciegos y la liberación a los oprimidos (Lc. 4,18), nos ha entregado en las Bienaventuranzas y el Sermón de la Montaña la gran proclamación de la nueva ley del Reino de Dios (Mt. 5-7)" (105).

De este espíritu brota la profunda exhortación del Mensaje: "Invitamos a todos sin distinción de clases a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo. 'Todo lo que hicieres a uno de estos mis hermanos, por más humildes que sean, es como si a mí mismo se hiciera' (Mt. 25,40)".

Esta es la causa que asumió María que no fue "una madre celosamente replegada sobre su propio hijo divino" (200) sino "una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (Cfr. Mt. 2, 13-23): situaciones todas estas que no pueden escapar a la tensión de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad" (200).

La Iglesia "crítica por esto, a quienes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia" (381).

En efecto, el amor de Dios derramado sobre nuestros corazones no es un consuelo inútil ni un mero contrapeso de los males de la existencia sino un amor salvador, recreador, transformador de la existencia entera. Concretamente hoy en América Latina este amor es amor-de-justicia: "El amor de Dios, que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad



"DANINA A LA EMPRESA TEOLOGIA DE LA LIBERACION" titula ese día a toda página un diario pueblano.

comunidad de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros hoy debe volverse sobre todo obra de justicia para con los oprimidos (Lc. 4, 18), esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan". "El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano, y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal, y en muchos casos incluso a nivel de estructuras, con el servicio y promoción de los grupos humanos y estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen" (224).

DIRECTRICES CONCRETAS

Alentados por las palabras del Señor y por el camino recorrido en estos diez últimos años la Asamblea dio directrices concretas para reafirmar y profundizar su opción preferencial por los pobres. Y ante todo el testimonio; él es el primer elemento indispensable de la evangelización que incluye hacer efectiva la comunión y participación con los pobres: "es importante que en comunidad revisemos nuestra comunión y participación con los pobres, humildes y sencillos. Será por tanto necesario escucharlos, recoger lo más profundo de sus aspiraciones, valorizar, discernir, alentar, corregir, dejando que el Señor nos guíe para hacer efectiva la unidad con los pobres, humildes y sencillos en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu" (783).

A los obispos les propone "empeñarse en promover la justicia y en defender la dignidad y los derechos de la persona humana" (550), "y hará comprender por su vida y actitudes su preferencia por

evangelizar y servir a los pobres" (551).

A los presbíteros se les pide que den "prioridad en su ministerio al anuncio a todos del Evangelio, pero muy especialmente a los más necesitados (obreros, campesinos, indígenas, marginados, grupos afro-americanos), integrando la promoción y defensa de su dignidad humana" (555).

A los religiosos se les recuerda que el sentido de sacrificio de su vida consagrada se historiza privilegiando a los pobres, predilectos del Señor, y cargando la cruz de los perseguidos por la justicia (585).

Respecto de la educación la opción es bien elocuente: "Dar prioridad en el campo educativo a los numerosos sectores pobres de nuestra población, marginados material y culturalmente, orientando preferentemente hacia ellos los servicios y recursos educativos de la iglesia" (847). Se describe de un modo vigoroso la alfabetización liberadora y la educación popular desescolarizada tendiente a la revitalización de la cultura popular, y se las apoya (849-51).

Y por lo que respecta a los Medios de Comunicación la Asamblea insiste en que la Iglesia "debe ser cada vez más la voz de los desposeídos, aun con el riesgo que ello implica" (868 i).

Pero la Asamblea da un paso más: se dirige al mismo pueblo: "Sabemos que es el pueblo, en su dimensión total, y en su forma particular, a través de sus organizaciones propias, quien construye la sociedad pluralista. Frente a este desafío, tenemos conciencia de que la misión de la Iglesia no se resume en exhortar a los diversos grupos sociales, y las categorías

profesionales a construir una sociedad nueva para el pueblo, (sino a construirla) con el pueblo" (980).

Se dirige a los campesinos como "fuerza dinámica en la construcción de una sociedad más participada". Y les anima: "trabajad en vuestra elevación humana" (1006).

Se dirige a los obreros como "principales artífices" de las transformaciones actuales. Se les pide que no olviden su derecho de "crear libremente organizaciones para defender, promover sus intereses". Y recogiendo las clarividentes palabras del Papa a los obreros de Monterrey se les anima a no contentarse con lo reivindicativo ya que a ellos les corresponde de algún modo diseñar nuestra sociedad del mañana: "deben comprometer su experiencia en la búsqueda de nuevas ideas; renovarse a sí mismos y contribuir de manera aún más decidida a construir la América Latina de mañana" (1005).

Y como culminación de todo, la asamblea, "al considerar la magnitud de los desafíos estructurales de nuestra realidad", asume la palabra de Pedro que en este contexto cobra una grandeza desafiante: "No tenemos oro ni plata para daros, pero os damos lo que tenemos: en nombre de Jesús de Nazaret, levantaos y andad (Cfr. Hch. 3,6)". La Iglesia latinoamericana renuncia aquí al asistencialismo, renuncia a constituirse como los poderosos de este mundo (Lc. 22,24-27) en una institución de poder para desde arriba servir a los pobres. Asume la dinámica de Jesús "que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza" (2 Cor. 8, 9) y en nombre de este Jesús pobre en cuya debilidad reside el Espíritu de liberación invita al pueblo a que se levante. Sólo el pueblo salva al pueblo, dice la Iglesia, no como slogan encubridor, sino como esperanza fundada en el Espíritu de Jesús el pobre de Nazaret, la Fuerza de Dios. En él, la Asamblea propone "la movilización de todos los hombres de buena voluntad" (1012).

«Creemos que estos textos no son palabras encubridoras sino la comprensión de una praxis, aún no mayoritaria pero sí significativa, de la Iglesia latinoamericana. El que la Asamblea los haya hecho suyos como su riqueza, su reto, como el don de Dios para Latinoamérica, del que la Iglesia latinoamericana quiere hacerse responsable, es ciertamente una buena noticia para nuestros pueblos. Es nada menos que la continuación histórica de esa "gran alegría para todo el pueblo" (Lc. 2,10) que fue el nacimiento de Jesús de Nazaret. El desafío de todos los que en Latinoamérica nos honramos de llevar el hermoso nombre de Jesús (St. 2,7) es dejarnos medir por ellos y hacerlos verdad con nuestras vidas. □